



Representación alegórica de una familia griega en una crátera de figuras rojas del período clásico (siglo v a.C.)

La vida conyugal en la antigua Grecia

El matrimonio era una «cárcel blanca» para la mujer y un «mal necesario» para el hombre

La sociedad griega de la Antigüedad era estrictamente patriarcal. Por eso, la función reservada a las mujeres era la de ser esposas y madres, para que alumbraran hijos legítimos que sirvieran como ciudadanos a la patria y perpetuaran los cultos de los antepasados.

Las niñas eran educadas por sus madres en el seno del hogar hasta que alcanzaban la edad casadera, que se fijaba en unos cuatro años después de su primera menstruación; por su parte, la edad idónea para que un hombre contrajera nupcias se fijaba en los

30 años, y en Atenas estaba previsto un «impuesto de soltería» para aquellos hombres célibes mayores de 40 años; el hombre griego consideraba el matrimonio una obligación penosa o «mal necesario».

La decisión de acordar el matrimonio de una hija era competencia exclusiva del padre, sin que se tuviera en cuenta la opinión de la muchacha. Es más, dado que la reclusión de las mujeres al ámbito doméstico estaba generalizada (sobre todo entre las clases más acomodadas), la ma-

LA MUJER Y EL HOGAR

Para la mujer griega, cualquiera que fuera su rango, la casa era una «cárcel blanca» en la cual transcurría la mayor parte de su oscura existencia. La alternativa a este modo de vida era moralmente incómoda pero social y económicamente gratificante; las *hetaeras*, a medio camino entre la entretenedora de salón y la prostituta de lujo, disfrutaban de la libertad e independencia económica que se les negaba a otras mujeres en la antigua Grecia.



Estatuilla de Tanagra realizada en terracota. Muestra una mujer hacia el año 300 a.C.

yoría de los futuros esposos ni siquiera se conocían antes de la boda. En la Edad del Bronce, según reflejan los poemas homéricos, el futuro marido tenía que «comprar» a la novia mediante la entrega de una dote. Aun así, la mujer de entonces gozaba de una libertad de movimientos de la que, como veremos, carecía en épocas posteriores.

EL PATRIARCADO ATENIENSE

Se ha pensado que los helenos, a su llegada a Grecia, fueron imponiendo el modelo patriarcal indoeuropeo a un modelo social de naturaleza matrilineal vigente en los primitivos habitantes de la Hélade. Sin embargo, en época clásica (nuestros principales testimonios se refieren a Atenas), era el padre quien aportaba la dote de la hija con una finalidad de atracción y disuasión: los hombres se sentían atraídos por poder aumentar su patrimonio y eran más reacios al divorcio porque, en ese caso, la dote volvía a la familia de la novia. Pero hasta entonces, el marido la admis-

Al banquete ceremonial de bodas le seguía una procesión (representada en esta ánfora del siglo VI a.C.) hasta la casa del esposo, donde era entregada la novia



DAGLI ORTI

lario diario de un obrero especializado era de una dracma (moneda de plata de unos cuatro gramos), que permitía subsistir a una familia de cuatro personas. Cuando se trataba de familias pobres, la dote corría por cuenta del Estado y en el caso de las huérfanas, el pariente masculino más próximo se hacía cargo de la misma. Si una mujer carecía de hermanos varones, debía casarse con el pariente más cercano por parte de padre; así la dote permanecería en la familia.

Legalmente, para la celebración de un matrimonio (al margen de que en Atenas, en tiempos de Pericles, ambos contrayentes tenían que ser

bién debía realizarse una serie de purificaciones y sacrificios, y era usual que la novia ofrendara objetos relacionados con su infancia, tales como juguetes. Con ello se simbolizaba el paso de la muchacha de la adolescencia a la madurez.

VIDA PÚBLICA Y VIDA PRIVADA

Tras la noche de bodas, seguían dos o tres días de celebraciones y finalmente se registraban los esponsales en las listas del clan familiar del marido. Sin embargo, la joven esposa no sería considerada como un miembro de la familia de su esposo hasta que no tuviera su primer hijo varón.

LAS MUJERES sufrián en la casa del cónyuge la misma marginación que en la casa paterna

Escena doméstica en un bajorrelieve del siglo VI a.C. Museo Arqueológico de Istanbul



DAGLI ORTI

nistraba a su antojo puesto que las mujeres carecían del derecho a poseer o administrar propiedades.

Las dotes dependían de la riqueza y posición social de cada familia. En las acomodadas, solían oscilar entre las mil y las cinco mil dracmas, una importante cantidad de dinero ya que, a mediados del siglo V a.C., el sa-

ciudadanos atenienses), debían cumplirse dos requisitos: una especie de contrato ante el altar de la casa familiar de la novia –acordado ante dos testigos– entre el futuro marido y el padre de la novia; y la posterior entrega de la novia, que después de un banquete ceremonial era llevada a casa de su desposado. Tam-

En Esparta, sin embargo, el matrimonio consistía en un rapto por parte del novio (algo que parece estar relacionado con rituales de iniciación a la vida adulta, que también están en la raíz de las relaciones homoeróticas entre hombres) y la novia no era una adolescente, sino que ya había superado los veinte años.



DAGLI ORTI

Los motivos eróticos aparecían con frecuencia en las vasijas griegas del periodo clásico, como en esta crátera del siglo IV a.C. conservada en el Museo de Tarquinia

La sexualidad en el matrimonio tenía por objetivo la procreación, aunque no era frecuente tener más de dos o tres hijos, por lo que los infanticidios de las niñas serían, hasta cierto punto, frecuentes cuando la pareja tenía ya una hija. Las relaciones sexuales entre los cónyuges debían de ser esporádicas, ya que los hombres siempre podían recurrir a prostitutas. De no ser así, se procuraba evitar los embarazos: el coito anal debía de estar muy generalizado y por eso eran las nalgas, y no los pechos, la parte de la anatomía femenina que más atractiva resultaba a los hombres. No es de extrañar, por lo tanto, que las mujeres recurrieran a la masturbación, y así lo demuestran los testimonios de di-

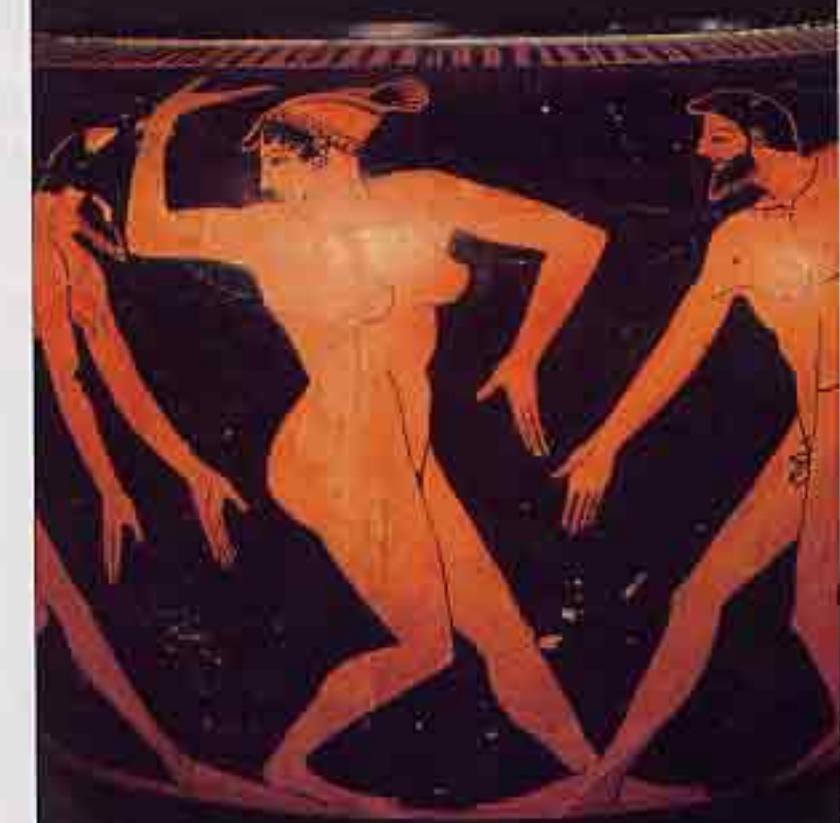
versas épocas acerca de lo apreciados que eran los guarnicioneros o curtidores que sabían fabricar consoladores de un cuero muy terso.

Como puede comprenderse, las muchachas tenían que llegar vírgenes al matrimonio. Y una vez casadas seguían llevando, en la casa del esposo, el mismo régimen de vida que habían padecido junto a sus madres: una total marginación con respecto a la vida de sus maridos. Se ocupaban de las cuestiones domésticas, tenían escasa libertad de movimientos fuera del hogar y residían en el gineceo, un espacio de la casa generalmente abuhardillado y reservado exclusivamente a mujeres, donde éstas se dedicaban a tejer y podían ignorar las ocasiones en que sus maridos tenían concubinas en su misma casa. ■

CARLOS SCHRADER
PROFESOR TITULAR DE FILOLOGÍA GRIEGA
DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

ADULTERIO Y DIVORCIO

Que las mujeres fueran infieles a sus maridos era causa inmediata de divorcio, si el marido así lo quería, ya que la legitimidad de los descendientes no se podía garantizar. Es más, si el marido sorprendía a su mujer con un amante, podía exigirle a este último una reparación que iba desde la percepción de una cantidad de dinero a la vejación de que al seductor se le introdujera en público un rábano por el ano. O también podía, para limpiar su honor, matar al amante de su esposa. Esto debió de suponer que, en ocasiones, un hombre incitara a su mujer a mantener relaciones con alguien con quien tuviera rencillas personales para poder deshacerse de él. Un hombre también podía divorciarse por otras varias razones: no tener descendencia era una de las más usuales. En cambio, si una mujer solicitaba el divorcio –pongamos por caso– por malos tratos (la infidelidad del marido no podía ser alegada como motivo) y lo obtenía de manera legal, quedaba socialmente estigmatizada. Algo que, a fin de cuentas, hemos venido padeciendo en las sociedades occidentales hasta hace muy poco tiempo.



Mujer bailando entre dos hombres, en un vaso de figuras rojas conservado en el Museo de Villa Giulia, Roma. En Grecia, el mundo de las relaciones carnales se insería con toda naturalidad en la vida social y artística